

EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO

Reparte á sus suscritores cada mes un cuaderno de una historia completa del año, titulada **COSAS DEL AÑO**, que forma un libro sumamente útil y curioso.

9 rs. tres meses; 16 seis, y 30 año en Madrid.

10 rs. trimestre; 18 seis meses, y 34 año en provincias.



DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

Mis apreciables lectores habrán oído hablar de la torre de Babel, ó habrán leído lo que dicen de ella las Sagradas Escrituras, y puede ser que alguna vez se les haya ocurrido comparar la situación política de la España revolucionaria con aquella endiablada confusión en que los descendientes de Noé no se entendían los unos á los otros.

A mí se me ha ocurrido algo más; me ha asaltado la sospecha de si los fundadores de aquella famosa torre habrían hecho alguna revolución, y por esta causa se verían en el lamentable estado en que se vieron.

Pero, reflexionándolo más despacio, he desechado luego este pensamiento, y me he convencido de que no existen las semejanzas que á primera vista parece entre los de Babel y los de Alcolea. En primer lugar, aquellos se asociaron para edificar, y estos se han asociado para demoler: en segundo lugar, la confusión de aquellos se originó en que Dios les hizo hablar á cada uno en distinta lengua, y por eso no se entendieron: estos hablan el mismo idioma, y su confusión no procede de que no se entiendan, sino de que se han propuesto devorarse los unos ó los otros, y lo están haciendo á la perfección.

Yo los ví, con estos ojos que ha de comerse la tierra, abrazarse con efusión y pasearse cogidos del brazo por entre la clamorosa multitud, al son de las músicas patrióteras que atronaban tocando el himno de Riego y la Marsellesa, con aquella otra canción que decía:

En el puente de Alcolea
la batalla ganó Prim...

Yo los ví unidos, como un solo hombre, prepararse á hacer la felicidad de España con honra, habiéndose repartido para llegar á su propósito todos los fusiles y carabinas que encontraron en el Parque de Artillería, y tuve la candidez de decir para mis adentros: De esta hecha sí que va á entrar España por la buena senda, porque ya no va á haber más que un solo partido, y todos los liberales, que por lo

visto son muchísimos, van á ser hermanos y á tener un pensamiento único: el bienestar de su patria.

Sí, buena patria te dé Dios. No habian pasado dos meses, cuando ya estaban divididos en monárquicos y republicanos; y no habian pasado tres, cuando ya andaban á metrallazo limpio los unos con los otros, sembrando de cadáveres las calles de Málaga, Cádiz y Jerez. Un año más tarde, ya me los hallé divididos en tantos grupitos cuantos eran los mandarines que deseaban ser dueños del cotarro, y al poco tiempo los hombres pacíficos teníamos necesidad de taparnos los oídos para no escandalizarnos con las injurias y perreerías que se decían los unos á los otros.

Cuatro años y un mes han pasado justamente, quiero decir, día por día, que en lo de justamente habria mucho que averiguar. ¿Y quieren Vds. saber á qué altura se encuentran en sus afectuosas relaciones nuestros apreciables libertadores de Setiembre? Pues no tienen Vds. más que pasar la vista por los diversos periódicos que se escriben para cada uno de los ocho ó nueve partidos en que se ha dividido la gente revolucionaria, y allí verán Vds. lo que es bueno y barato, y para tomar lecciones de urbanidad y cortesía no tendrán Vds. que bajar á oír á las verduleras de la calle de la Ruda. Y si quieren Vds. echar una tarde á perros, no tienen más que darse un paseito al Congreso, procurarse un asiento en la tribuna, y aplicar el oído á las lindes que se digan los unos á los otros los padrastros de la patria.

¡Qué armonía más envidiable reina entre los hijos y nietos, padres, hermanos y abuelos de la revolución!

Los que están más unidos entre sí son los republicanos; pero los unos quieren esperar á que el desorden venga pacíficamente y con todo el orden posible; los otros quieren que venga inmediatamente á tiros y á ladrillazos; los unos quieren que se reparta la propiedad entre todos los ciudadanos; los otros quieren que la devore el petróleo; unos que mande el Directorio, y otros que mande la Internacional; y en medio de esta perfecta conformidad de pareceres, óyese de vez en cuando á un periódico que pide la

cabeza de Pi y Margall, otro que Figueras y Castelar sean fusilados, y los blancos dicen á los rojos que están vendidos á la reaccion, y los rojos dicen á los blancos que se entienden por debajo de cuerda con los monárquicos amadeístas.

Pues, y de los radicales, ¿qué me dicen Vds.? Estos, como ahora tienen la sarten del mango y á todos los cobija la nómina, son los mejor avenidos. El domingo pasado, sin ir más léjos, viendo el Sr. Zorrilla que la mayoría se le desbandaba, reunió á todos los diputados cimbríos y progresistas y les habló al corazon, diciéndoles que para salvar á la patria, supuesto que nadie más que ellos puede salvarla, es necesario que estrechen sus filas y voten y hablen con la más admirable unanimidad.

Y, en efecto, así lo prometieron el lunes de madrugada, y el miércoles por la tarde, en la primera votacion que se presentó, que fué la de la acusacion contra Sagasta, unos ciento votaron lo que queria el ministerio, y unos 63 votaron contra lo que queria el ministerio, y otros 65 no quisieron votar ni en pro ni en contra. ¿Qué más unanimidad se puede pedir á un partido?

Pero nos quedan los conservadores de la revolucion. ¡Estos sí que están unidos y contestes, como que los une la comun desgracia! No tiene más sino que los unos están por Sagasta y los otros por Serrano, y unos quieren por rey á D. Amadeo, y otros, los más juiciosos, á D. Alfonso, y otros ni á D. Alfonso ni á D. Amadeo, y arman sobre esto cada pelotera, que los vecinos de la calle del Clavel van á hacer una exposicion al ayuntamiento pidiendo que mande quitar de allí el Casino en que se reunen, que parece una casa de Orates, y lo haga trasladar á Leganés, frente por frente del manicomio modelo.

Todo esto son tortas y pan pintado: lo más chusco viene ahora.

¿Se acuerdan Vds. de Sagasta, de aquel consecuente liberal y hombre eminente que tan á gusto de los revolucionarios ha sido ministro de la Gobernacion con raros intervalos de cesantía? Pues bien: ese grande hombre, tan ensalzado y glorificado por toda casta de progresistas y cimbríos, acaba de ser acusado en las Cortes por el supuesto extravío de dos millones de reales, y su acusacion ha sido aprobada por muchos progresistas y demócratas, y será llevado, segun dicen, á la barra del Senado para que responda de la inversion de aquellos maravedises. ¿Querrán Vds creer que despues de haberle llamado apóstata y traidor en aquellos mismos periódicos que le ponian en las nubes, ahora han votado contra él aquellos á quienes protegió y colocó en buenos destinos con excelentes sueldos? Sí lo creerán Vds., tratándose de políticos y revolucionarios.

Yo no soy amigo del Sr. Sagasta, ni nada le he pedido jamás, ni nada le debo; pero, si he de decir lo que siento, me duele el que sus antiguos amigos le traten con tan poca caridad. Sobre que en este asunto no hay nada que pueda afectar á la honra del Sr. Sagasta y de sus compañeros de ministerio, segun dicen los mismos que le acusan. Si en esta ocasion yo hubiera sido diputado, habria dado mi voto en su favor: tal es la persuasion que tengo de que sólo el

odio político ha tenido parte en la acusacion que contra él han presentado sus enemigos de hoy, y amigos de ayer.

¿No se les alcanzará á esos energúmenos que todo el descrédito que hagan recaer sobre el Sr. Sagasta, cae de lleno como una mancha sobre la revolucion que tanto glorifican? ¿No habrán visto que ante la conciencia del país, es la revolucion la que va á la barra de los acusados, y no el Sr. Sagasta?

Les digo á Vds. que esos hombres no ven más allá de sus narices.

¿Qué ejemplo tan saludable les han dado en esta ocasion los conservadores que no pertenecen á ningun bando revolucionario, sino que, por el contrario, sostienen la causa de la legitimidad y de la inocencia! En nombre del partido de la restauracion, el señor conde de Toreno ha negado su firma para la acusacion del ministro revolucionario, y los pocos diputados alfonsinos que tienen asiento en las Cortes, no han querido votar en contra del Sr. Sagasta. Y sin embargo, entre ellos está un eminente hombre público, un ministro moderado, que en otra ocasion fué llevado por los rencorosos y vengativos liberales á la barra del Senado, que le absolvió, como era de justicia, y ha sabido olvidar que el mismo Sagasta formaba entónces entre sus acusadores.

Yo he oido decir á algunos sagastinos que los dos millones en cuestion no se perdieron, que nada se pierde en este mundo, sino que se gastaron en cosas muy urgentes y precisas para salvar el trono de D. Amadeo, que peligraba seriamente. Y digo yo al tanto:—¿Saben Vds. que dan ganas de sacrificarse en servicio del amado soberano que nos trajeron los 191 soberanillos constituyentes?...

VARIAS INDUSTRIAS.

No hace mucho tiempo que, en vista de las numerosas ocultaciones que disminuian las rentas públicas, el gobierno nombró investigadores especiales que denunciaran las industrias no afectas al pago de tributos.

No sabemos, ni pretendemos averiguar, si los nuevos funcionarios cumplieron como buenos su cometido, ni si la Hacienda, ese monstruo *multi-fauce*, nunca satisfecho, alcanzó beneficiosos resultados. Lo cierto, lo evidente es que existen en Madrid numerosas industrias, poco estudiadas, tributarias algunas y exentas otras de toda gabela, y que merecen un ligero estudio crítico.

Coloquémonos para ello en la Puerta del Sol, y examinemos al paso algunos tipos.

Desde luego reclaman nuestra atencion los vendedores de periódicos, ó *ciegos*, por más que la inmensa mayoría de estos industriales tengan una vista excelente, pertenezcan á cualquiera de los dos sexos, y se hallen comprendidos en cualquiera de las edades de la vida humana. Estos industriales se estacionan en las esquinas, recorren las aceras ó cruzan el empedrado, aturdiendo á los transeuntes con sus gritos. Su efimera mercancía, constantemente renova-

da, satisface todos los caprichos, todas las tendencias, todas las opiniones. Desde *El Tribunal del Pueblo* hasta *La Regeneracion*; desde *El Imparcial* hasta *La Iberia*, desde *El Diario del Pueblo* hasta *El Cencerro*, los vendedores de periódicos confunden en sus manos á los republicanos y los carlistas, radicales y conservadores, alfonsinos é incoloros. La idea política toma forma en el cerebro del escritor, se hace pública mediante la tipografía, y se reparte por medio del vendedor. Este lleva siempre una esperanza y un consuelo al comprador, cualesquiera que puedan ser sus opiniones. Y sin embargo de prestar semejantes beneficios, sólo consigue una pequeña ganancia en el ejercicio de su industria. Tal vez se me dirá que ménos gana y trabaja más el redactor de un diario; pero no se debe perder de vista que el escritor público cursa en la prensa la carrera de ministro, y que el vendedor de periódicos no suele salir de vendedor.

El industrial en cuestion ejerce una influencia decisiva en la suerte de las publicaciones periódicas, y sus sentencias son inapelables: periódico despreciado por él, morirá sin ser conocido por el público: periódico por él protegido, alcanzará fama, fortuna é inmortalidad. El vendedor de periódicos ha conseguido tal influencia, que muchas empresas periodísticas le entregan gratis ó poco ménos sus números, sin considerar que el vendedor les causará un grave perjuicio cuando pregone por las calles: ¡A ochavo, á ochavo, para acreditarlo, *El Sapo*, con la puñalada que ha dado el Sr. Castelar al presidente del Consejo de ministros! ¡A ochavo! ¡El papel vale más, á pesar de estar impreso!

O bien: ¡*El Calabacín*, que me han dado *de gratis*, para que llegue á noticia del público, con el levantamiento de Getafe y los nombres de los diputados sentenciados á muerte por el Club de la calle de la Pingarrona!

28

EL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuacion)

— Señor mio, contestó siempre con su inalterable aplomo Pedro Lopez: si no hubiéramos tenido necesidad de almorzar, mi padre no hubiera vendido los diamantes, que era lo único que poseíamos, con lo cual se podia sacar para más de un almuerzo.

El chusco se daba por satisfecho.

VII

Después de las aventuras de Juan Lopez, venían las propias aventuras de Pedro Lopez.

Él había corrido el mundo entero; él había gozado del

Con estos y otros pregones, la opinion pública no se extraviaba, porque no puede estar ya más extraviada; pero los periódicos *El Sapo* y *El Calabacín* no publican número segundo. Verdad es que esto interesa bastante poco al vendedor, y que no ha faltado alguno que organice la publicacion de números primeros de diferentes publicaciones, logrando beneficiosos resultados; pero hoy produciría este sistema uno completamente opuesto.

Donde los vendedores de periódicos deben verse y estudiarse es en la calle del Rubio, á las nueve de la noche, cuando, después de coger sus *veinticinco* en la administracion de *La Correspondencia*, salen corriendo en todas direcciones, atropellando á los pacíficos transeuntes y á los agentes de la autoridad; salvando todo género de obstáculos y surtiendo á todos los cafés del tránsito de los ejemplares en que se calcula la reventa. Los gritos de ¡*La Correspondencia de España!* anuncian la irrupcion y avisan al público de que se aproxima la avalancha. Cuando desembocan en la Puerta del Sol, la tormenta ha perdido todo su carácter de gravedad. Cinco minutos más tarde, los habitantes de los barrios ménos céntricos de Madrid pueden recrear su vista con el periódico noticiero y saber por el mismo que el general Córdova ha dicho en el Congreso ser muy liberal (cosa de que nadie se habia apercibido); que la corsetera francesa Mad. Lecompte ha inventado una nueva faja para las señoras en estado interesante y los radicales muy gruesos; que se ha concedido el título de vizconde de Casa-Homobono al reputado tocador de vihuela Homobono García (álias) *Mediohigo*; que la faccion carlista Gomez ha sido batida por la columna Perez, teniendo ésta que retirarse por ser de noche, y para que entierre aquella á sus infinitos cadáveres; que ha llegado á Madrid el reputado joven gaditano D. Claudio Retuerto, para matricularse en la es-

amor de reinas y princesas; él había sido señor y esclavo; ello, en fin, era un cuento en seis ú ocho largas partes de aventuras extraordinarias y nunca oidas, que entretenían á los oyentes, que no se paraban en saber si eran ciertas ó no.

La cuestion era que entretenían.

Y el vulgo con que le entretengan se contenta.

— ¡Pero cuándo os han sucedido todas esas cosas, decia alguno, si sois todavía un muchacho, y en vuestras aventuras hay bastante para una vida de tres siglos?

— Es que yo he vivido en cada un dia diez años: tan de prisa han sido mis sucesos.

Había que darse por convencidos.

En fin, para los simples pasaba Pedro Lopez por una cosa extraordinaria, para los listos por un hombre de buen humor, y para la justicia, ó como si dijéramos, para la policia, por un honrado mercader que cumplia muy bien con sus obligaciones y que era muy buen cristiano.

VIII

De tiempo en tiempo hacia Pedro Lopez por la mar un viaje de dos meses.

Nada tenia esto de extraño, porque iba á los puertos

cuela de Comercio, donde es seguro que logrará triunfos honrosísimos; que se proyecta un cuartel; que se derriba un mercado; que se casan dos apreciables jóvenes; que el conocido cesante D. Pascual Puerto-Peñasco ha resuelto abrir una academia de instrucción primaria para uso de los diputados de la mayoría; que el joven novelista don Liborio Matallana ha presentado al teatro Español un drama traducido del francés al portugués, y de este al castellano, con el título de *La bayoneta y la cachucha, ó los mineros de Karabarbaran en la Hulania*.

El vendedor de periódicos es, por lo ménos, progresista-democrático, y recuerda con horror que Gonzalez Brabo le prohibió anunciar á gritos su mercancía; cumple su misión con verdadero entusiasmo, y, poco curioso generalmente, no lee su mercancía; cuando algún suceso extraordinario excita poderosamente la atención, se acoge á la libertad de comercio y exige un precio arbitrario por sus papeles; indiferente al calor y al frío, vive en la calle casi continuamente, y si el despotismo impera y la prensa es perseguida, se dedica á la venta de hojas clandestinas durante la noche, ó pregona décimos de la lotería, todos ellos, por supuesto, con el premio de los ochenta mil duros.

La industria de los vendedores de periódicos se encuentra hoy en todo su auge, y no se puede dar un paso sin que á derecha é izquierda nos aturdan los gritos de *¡El Imparcial! ¡El Garbanzo! ¡Angel primero! ¡El Cohete! ¡El Cencerro! ¡El Jaque-Mate! ¡El Trueno gordo! La Correspondencia! ¡La Regeneracion! ¡El Diario del Pueblo! ¡La Reconquista! ¡El Apagador! ¡El Nuevo Papelito! ¡El Barón de la Castaña!... ¡El Rey de Bastos! ¡El Tiberio! ¡El Gil Blas de Santillana! ¡La Torre de Babel! ¡El Matapillos! ¡El Moscon! ¡El Mico! y ¡El Buey!*

No creo que los mencionados periódicos,—varios de ellos

de Levante á proveerse de ricas mercancías que traía consigo.

Habia quien decía que sus almacenes no eran suyos, sino de una compañía extranjera, que se servía de él como de un agente.

Pero esto importaba muy poco.

Por último, D. Serafin le recibía en su tienda y le profesaba una buena amistad, porque el joven Pedro Lopez le divertía mucho, pero no le habia internado en su casa, porque era algo licencioso y picante en la conversacion.

IX

Un día, mejor dicho, una tarde, Clara, al atravesar la tienda para ir al jubileo con doña Mónica y sus tres hijas, vió á Pedro Lopez y se puso pálida de una manera notable.

Pedro Lopez la vió también y pasó por sus ojos una expresión de asombro.

Pero estas dos conmociones pasaron muy pronto de los semblantes de entrambos jóvenes.

Nadie observó esto.

Al día siguiente Pedro Lopez no fué á la tienda.

—¿Estará enfermo? preguntó D. Serafin cuando hubo pasado la hora habitual de la llegada de nuestro hombre.

Al día siguiente tampoco se presentó.

al ménos, produzcan á los vendedores grandes beneficios; pero siempre les dejarán lo bastante para que vivan más descansadamente que los infelices braceros que, cumpliendo la ley del trabajo, emplean el suyo en las obras públicas, cuando hay obras y no llueve.

Pero he titulado á este artículo *Varias industrias*, y no he hablado más que de una, siendo bastantes las que se están ejerciendo á nuestra vista desde el observatorio en que estamos colocados. Mas como quiera que este estudio se prolongaría con exceso para un solo número, dejaré para el inmediato su continuación, facilitando de esta manera la inserción de otros trabajos más agradables al lector.

¡UN SUEÑO!

Anoche soñamos, lo cual, si bien se mira, no tiene nada de particular, porque uno de los derechos más individuales, ilegislables, inalienables, insufribles y anteriores á toda constitución, como diría un apóstol de la democracia, que también la democracia tiene apóstoles, que no son pescadores, aunque suelen pescar buenas brevas; uno de los derechos más individuales, decíamos, es el dormir; y el que duerme está tan expuesto á soñar, como un radical á que le suelten un título de Castilla, y lo conviertan de la noche á la mañana en conde, duque, marques ó príncipe, que de todo suelen darse casos.

Y ¿qué habíamos de soñar?

Es claro, lo que más preocupa nuestra imaginación; y como en estos tiempos anda uno siempre asustado con los anuncios de revueltas, conjuraciones y trastornos, más ó ménos petroleros, nosotros veíamos ya á la apreciable sociedad intitulada *La Internacional*, dueña de los destinos del mundo, y haciendo de todo mangas y capirotes.

—Está enfermo, á la fuerza, dijo D. Serafin.

Y envió un dependiente á informarse.

El señor Pedro Lopez habia salido de repente á un viaje y no habia tenido tiempo de despedirse.

El almacén habia quedado confiado, como siempre que se ausentaba Pedro Lopez, al dependiente principal.

—Ya decía yo, exclamó el bonachón de D. Serafin.

Y se quedó satisfecho.

Pero incómodo porque le faltaba su conversacion cotidiana.

X

Un día Clara dijo al muchacho de recados.

—Te daré para dos bollos si llevas una carta mía á donde yo te diga, sin que lo sepa nadie.

—Treinta llevaré yo, señora mía, dijo el muchacho, que ya sé yo de esos mensajes, porque la señorita mayor tuvo un novio y yo traía y llevaba las cartas, y no lo supo nadie.

—Tú habrás ido alguna vez á casa de un señor á quien conoce tu amo.

—¿Y qué señor es ese?

—Un señor moreno, con los cabellos y los ojos negros, con la nariz larga y derecha, que tiene un lunar en la mejilla.

Reinaba el petróleo.

En lugar de revólver, cada cual llevaba en el bolsillo un frasco de este líquido y una caja de fósforos de Cascante.

En cuanto se incomodaba, sacaba los útiles, rociaba al que le había ofendido, le aplicaba una cerilla encendida y lo convertía en luminaria ambulante.

El arma defensiva era el mata-fuegos del Sr. Bañolas.

Primero se pasaba uno sin pan que sin ese aparato bien-hechor.

El Sr. Bañolas hacía un negocio inmenso; era casi el rey del mundo.

Tenia más poder que la Tertulia progresista.

Como que era el único que podía contrarrestar los efectos del aceite mineral, que cuando apareció allá en un pozo de América, inflamándose de repente, estaba muy ajeno del importante papel que iba á desempeñar en el siglo de la civilización y de las luces.

Aunque siendo el siglo de las luces, ya podía haberse figurado que lo que tanto alumbraba no podía menos de ser el descubrimiento del siglo.

¡Cuál no sería mi asombro al ver presentarse en mi habitación al herbolario que vive en el piso bajo de mi casa!

—¡Hola, ciudadano! le decía yo.

—¡Salud y petróleo! replicaba él.

—¿Qué ocurre?

—Vengo á poner una docena de sanguijuelas.

Y sacaba un bote en el que iban aquellos negruzcos chupópteros.

—Muchas gracias; no estoy enfermo.

—No importa.

—¿Cómo que no importa?

—Yo tengo derecho al trabajo, me decía.

—Es indudable, le contestaba yo, que me había hecho

—¡Bah! ¡pues si ese ha sido el novio de la señorita mayor!

—¿Y cómo se llama?

—El señor Pedro Lopez.

—¿Y qué es?

—Dueño de un muy rico almacén de perfumes y de pieles, y de muchas cosas muy buenas que van para Madrid y que cuestan muy caras.

—Bien, te voy á dar luego una carta para el señor Pedro Lopez.

—No está en Cartagena.

—No importa, déjala al que haya quedado en su almacén, que él se la enviará.

XI

La carta fué llevada.

Era muy breve, y decía así:

«Parece que ahora te llamas Pedro Lopez: tanto da; es muy difícil saber cuál es tu propio nombre; pero no me hace falta para nada: tú has huido cuando me has reconocido, porque has temido que diga quién eres, y la justicia se apodere de tí y te ahorquen; no temas, yo te amo, yo no he podido olvidarte, y estoy dispuesta á huir contigo cuando haya vendido mi hacienda; eso lo está tratando ahora

un socialista de primer orden por que no me arrimaran una paliza.

—Leed la muestra que tengo á la puerta de mi establecimiento: *Sanguijuelas finas. Se aplican á domicilio.*

—Bien; pero cuando esté uno enfermo...

—Nada. Mi trabajo es aplicar sanguijuelas á domicilio: yo no tengo la culpa de que en Madrid, no haya enfermos, y vengo á aplicarlos estos animalitos.

—Pero, ¡hombre de Dios!...

—Dios no existe.

—Es verdad; me había olvidado. Pero, hombre de Suárez y de Salmeron y Alonso...

—Nada, nada.

Y aquel simpático ciudadano sacó la botella de petróleo, y como yo no tenía á mano el mata-fuegos, no tuve más remedio que decirle lleno de terror:

—Parlamentemos.

—Hablad.

—No me pongais las sanguijuelas, y os pagaré como si me las hubiérais puesto; más todavía.

—Ciudadano, eso es insultarme. Yo no pido limosna. Lo que yo quiero es trabajo.

—Es decir, quereis desangrarme.

—Justo.

—Todo sea por Dios... quiero decir, [por D. Fernando Garrido.

Por fin, convinimos en que le pusiera las sanguijuelas á mi suegra.

Pasamos á su gabinete, y allí fué Troya.

Mi suegra tenía en la mesa de noche su botella de petróleo.

Oír nuestra proposición, verter el líquido y pegarle fuego, fué obra de un momento.

el bueno de D. Serafin. Contéstame y dime cómo puedo contar contigo. — *Samsulyemal.*»

XII

Esta carta tuvo contestación á los tres días.

«Samsulyemal, decía, ó más bien Clara, porque este era y es tu nombre: he recibido tu carta; si es cierto que me amas, seré el hombre más feliz de la tierra; busca un medio para que podamos hablar de nuevo y largamente; el huerto de la casa de ese pobre diablo D. Serafin tiene una reja que da á una callejuela; por esa reja podremos hablar; pero te advierto que si te has propuesto venderme, tengo tomadas mis medidas para que tu traición sea inútil, y mi venganza caerá sobre tí. — *Pedro Lopez.*»

XIII

«Envíame un poco de hatchis dentro de tu carta.»

Hé aquí la contestación de Clara.

Pedro Lopez envió aquella opiata en polvo á Clara dentro de una carta llena de las más encendidas frases de amor.

—Este maldito será mi esclavo, dijo Clara; es feroz y terrible como un lobo.

Y guardó el hatchis.

A los dos minutos, la casa ardía como si fuera de yesca.

Corrimos á la parroquia para que tocaran á fuego, pero los campaneros se habian declarado en huelga, y tuve que tocar yo mismo las campanas.

¡Trabajo inútil! También estaban en huelga los bomberos, y aunque vieran arder á todo Madrid, así pensaban moverse, como ahora llueven remolachas.

Vuelvo á mi casa desesperado, y me encuentro con que felizmente el fuego se habia extinguido, gracias á que pasaba por allí el Sr. Bañolas, que no se habia declarado en huelga.

Pero mis apuros no concluyeron.

Mi suegra se habia herido gravemente, y la huelga en que hacia dias se encontraban los médicos y boticarios, hacia imposible su curacion.

El herbolario, que no estaba en huelga, la aplicó, de grado ó por fuerza, su docena de sanguijuelas sobre las quemaduras.

Y ¿qué habia de suceder?

Que mi suegra se murió aquella misma noche.

Alguna cosa me habia de salir bien aquel dia.

Traté de que la enterraran al siguiente.

Pero no contaba con la huésped.

Al avisar á los enterradores, estos contestaron que se habian declarado en huelga.

—Pero, hombre, que se trata de mi suegra...

—No enterramos á nadie.

—Que mi casa huele á demonios.

—Eso no es cuenta nuestra.

XIV

D. Serafin entre tanto, que habia hecho reconocer á Clara como una doncella natural de Almuñécar, cautivada por los piratas argelinos y salvada por el capitán Francisco Estévan, se ocupaba en vender los bienes de la jóven, que habia sido habilitada como mayor de edad, aunque aún no tenia veinte años.

Clara habia declarado que no queria vivir en Almuñécar, que la daba horror porque recordaba sus desgracias; que no queria pesar sobre D. Serafin, y que estaba resuelta á vivir de una manera independiente, autorizada de una respetable dueña que D. Serafin la buscaria.

El buen mercader se convino de buen grado, porque aunque doña Clara era honrada y buena, tenia el carácter violento.

Habia gastado algun dinero á calidad de reintegro, y habia logrado se habilitase como mayor de edad á doña Clara, puesto que sólo le faltaba un año para llegar á ella como huérfana.

No queria echar sobre sí la administracion de los bienes de Clara, que eran cuantiosos; no le parecia prudente que un extraño, que no sabia lo que poseia, se los administrase en calidad de tutor.

Mi desesperacion llegaba á su colmo, cuando afortunadamente me desperté, y ví que me encontraba en mi cama, que la casa no habia ardido, y que mi suegra no se habia quemado, ni era fácil que se quemara, por la sencilla razon de que no la tengo.

Ya era muy entrado el dia; salté de la cama, cogí *EL Imparcial*, y acabé de persuadirme de que todavía los radicales nos seguían haciendo felices; es decir, que aún no estamos más que en la antesala de la república democrática, social, atea, federal, etc., etc.

PUIG Y LLAGOSTERA

El enérgico é infatigable defensor de la producción nacional; el valiente campeón de la industria española y del trabajo; el autor de aquellas famosas hojas sueltas que tanto efecto y tan profunda impresion hicieron en el país; el que dijo en Montserrat y en Madrid la verdad franca y lealmente al rey elegido por los revolucionarios; el irreconciliable enemigo de la *Internacional*; el que hace mes y medio, desengañado de la funesta revolución setembrina, se declaraba francamente partidario de la restauración en D. Alfonso de Borbon, ha sido vilmente asesinado en Barcelona el miércoles último.

Los que recuerden que *EL CASCABEL* fué el primer periódico que dió á conocer al público los escritos del industrial catalán, á quien siempre debimos sincero afecto y leal amistad, comprenderán el dolor y la indignación que nos ha producido la funesta noticia del crimen de que ha sido víctima el Sr. Puig y Llagostera.

De esos sentimientos participarán cuantas personas han leído los enérgicos escritos del Sr. Puig, siempre inspirados en el más ferviente patriotismo, lo mismo cuando trataba

Podia ser muy bien que Clara derrochase sus bienes, pero decia:

—Si no los derrocha ahora podrá derrocharlos dentro de un año: yo no puedo hacer otra cosa que darla buenos consejos.

Y D. Serafin activaba cuanto podia, por medio de un apoderado de confianza que habia mandado á Almuñécar, los asuntos de Clara.

Esta no habia vuelto ni aún á nombrar á Francisco Estévan.

Parecia que le habia olvidado.

Don Serafin no hablaba delante de ella del jóven por prudencia y por no renovar sus heridas.

XV

Si Clara hubiera esperado tres meses, hubiera podido entenderse con Pedro Lopez sin necesidad del hatchis.

Pero la hervia en el corazón el fuego de la venganza y la rabia del amor desesperado.

Pedro Lopez recibió al fin la carta siguiente:

«Tu hatchis es admirable: lo he probado con las dos hijas mayores de D. Serafin.

«Anoche les dí unos confites en que habia puesto un poco del hatchis.

(Se continuará.)

de la inmoralidad administrativa, que cuando defendía con inquebrantable tesón y razones incontestables la industria del país, que cuando levantaba la nobilísima bandera de la patria contra los filibusteros.

El asesino ha sido preso. Esperamos que los tribunales de justicia aclararán pronto las circunstancias del crimen, y que el homicida del Sr. Puig y Llagostera sufrirá todo el peso de la ley, si hay ley en este país.

¡Tristísimos tiempos son estos, por vida nuestra!... ¡Tiempos de crímenes y horrores, de infamia y vergüenza!...

Enviamos la expresión de nuestro profundo sentimiento á la anciana madre y á la inocente hermana del Sr. Puig y Llagostera.

CASCABELITOS

La semana pasada parece que estaban los sagastinos muy animosos. Ya andaban repartiéndose destinos para cuando llegara el día, que consideraban muy cercano, en que D. Amadeo despidiera á Ruiz Zorrilla con la cortesía que acostumbra y los llamara á ellos al poder.

A consecuencia de esto, su fervor dinástico iba renaciendo, al paso que los radicales, con la mosca en la oreja, se preparaban á descolgar otra vez el retrato.

Pero de repente todo ha cambiado. La acusación de Sagasta ha dado al traste con las esperanzas de los calamares, y á toda prisa están haciéndose antidinásticos los concurrentes al círculo de la calle del Clavel. De aquí á un mes no se encontrará un conservador amadeista ni por un ojo de la cara.

Me alegro.

Señores: Manolito es un descuidado. Ya se le ha perdido la fé otra vez.

Y ya nos amenaza con que se vuelve á Tablada.

No me parece propio esto.

Debia enviar una pareja de amarillos que le trajeran la fé en gran velocidad.

Lo digo, porque si no le traen la fé de Tablada va á venir la *fe-deral*.

Lagartijo y Frascuelo van á torear en competencia.

Lo siento, porque puede suceder una desgracia, y ya que han salido bien de la temporada, [no debían buscarle tres piés al toro.

Yo que ellos me retiraría á Tablada hasta la temporada próxima, para reservar su influencia, como hacen los hombres importantes.

Recomendamos al público la empresa titulada *La Estafeta de París*, que se ha establecido en la Costanilla de los Angeles, número 3, bajo derecha.

Se dedica á hacer con toda prontitud y seguridad pequeños encargos de Madrid á París y viceversa, todos los días 1.º y 15 de cada mes.

Los servicios á que está consagrada son de cuatro clases: *Particulares, Comerciales é industriales, de Banca y de Publicidad*, y todo por 4 reales.

Para mayores detalles véase el prospecto.

Ya sé yo quién va á preguntar á esa empresa cuánto llevaría por sacar de España á cierto señorito y á otros caballeros del mismo tenor.

El Sr. Zorrilla es el hombre más afligido que hay en el mundo.

Van á buscarle á Tablada para hacerle ministro; se echa á llorar y acaba por desmayarse.

Quieren los republicanos acusar á Sagasta; llora y por poco se desmaya.

A cualquier cosa que sucede suelta el trapo: lo que no quiere soltar ni á tres tirones es la cartera.

Siempre que los radicales dan algun disgustillo al presidente del Consejo de ministros, amenaza con marcharse á Tablada.

No hay hombre que se *entable* con más frecuencia.

Se parece á los chicos mal criados, que en cuanto sus compañeros no acceden á sus caprichos, dicen: «No juego.»

Ya empiezan á anunciar una acusación contra Figuerola.

Si los revolucionarios toman el gusto á las acusaciones, vamos á ver al aire toda la ropa sucia de *la Gloriosa*.

Dice un anuncio de *La Correspondencia* que una señora inglesa puede enseñar francés, italiano, inglés, etc., etc.

Ya lo creo, y tambien puede casarse si es soltera, ó enviudar si está casada, ó tener dolor de estómago, ó ganar el premio grande á la lotería.

¡Apénas puede hacer cosas una señora, aunque no sea inglesa!

Los carlistas siguen muy tranquilos en Cataluña paseando los pueblos y cobrando con mucho salero las contribuciones.

Dirán Vds. que es un perjuicio para el Tesoro público; pues no, señor, porque detras de los carlistas van los recaudadores del Gobierno, y las cobran tambien, como si nada hubiera pasado.

Parece así al pronto que la desventaja es para los pueblos de Cataluña; pues no, señor, tampoco, porque si pagan dos veces la contribucion, para eso tienen dos gobiernos que los manden y los protejan. Y en prueba de ello; sepan Vds. que en Castelltersol y en San Pedro de Osor, cuando han entrado los carlistas han cogido y han fusilado á algunos que fueron voluntarios de la libertad. Si luego entra un jefe de columna y en represalias hace fusilar á otros vecinos tachados de carlistas, me parece que los pueblos no podrán quejarse de que no tienen gobiernos que los protejan.

¿A que no saben Vds. cuánto tarda un telegrama desde Madrid á Lóndres?

—Toma, responderá algun chusco, tanto como desde Lóndres á Madrid.

Pues no, señor, desde Madrid á Lóndres tarda tres dias, ménos de lo que tardaría en diligencia, y desde Lóndres á Madrid tarda tres horas.

¿Y por qué esta diferencia? He procurado buscar la explicacion, y me parece que he dado con ella. Debe ser que desde aquí á Lóndres se caminará cuesta arriba, y desde Lóndres aquí, como es consiguiente, se vendrá cuesta abajo.

Leo en los periódicos que en Orihuela los individuos del ayuntamiento han sido sitiados en la casa de Villa por los vecinos del pueblo, y que sitiados y sitiadores andan á tiros cada cual desde sus trincheras.

Paréceme que en España vamos á volver á los tiempos heróicos. En el ayuntamiento de Orihuela tienen Vds. una especie de Sagunto en miniatura. ¿Por qué no mandará el gobierno algunos oficiales de estado mayor para que estudien el curso de las operaciones de esa guerra, como cuando se mandó al general Prim á estudiar las operaciones de la guerra de Oriente?

Sabedores de que el Sr. Sagasta va á ser llevado á la barra del Senado, algunos senadores radicales, para que no les coja desprevenidos, han hecho llamar á sus respectivos sastres para encargarles que les vayan haciendo el *uniforme* de jueces.

—Como nosotros no teníamos necesidad de hacer estos gastos, han dicho, luego los cargaremos á las costas.

Otro senador ha pasado un dia entero cruzando en todas direcciones el palacio del Senado para ver dónde está la barra. Y como no la ha encontrado, se ha vuelto muy pensativo á su casa, diciendo:

—Tontería es buscarla: habrá que llevar á Sagasta á la barra de Bayona.

Si no fuera un poco verde, recomendaria yo con mucho gusto un libro que se va á poner á la venta dentro de pocos dias, titulado *Papá, mamá y el niño*. En el fondo es moral, y tiene tanta gracia que en Francia se han hecho de él 49 ediciones... pero como la forma es así... un poco intercadente, no me atrevo á recomendarlo, á pesar de que el traductor es amigo mio.

La mayoría no está dividida más que en la cuestion del Banco, en la de la acusacion de Sagasta, en la de abolicion de la pena de muerte, en lo de Cuba, y en otras cinco ó seis pequeñeces.

En todo lo demas se halla enteramente de acuerdo.

Pero ¿qué es todo lo demas?

¡Ah! sí: que los radicales sigan comiéndose el presupuesto.

Dispensen nuestros lectores; el estudio de costumbres *El público en los teatros de Madrid* no puede continuar hasta el número próximo.

La ópera *Los Hugonotes* se ha cantado en el teatro Real maravillosamente.

La señora Sax, y los señores Selva, Rota y Stagno la interpretan de una manera superior á todo encarecimiento.

No dejen Vds. de ir al teatro Real á oír esta ópera, y pasarán cuatro horas deliciosas.

Ya están los *Almanaques de El Cascabel y de los Cuentos de Salon*.

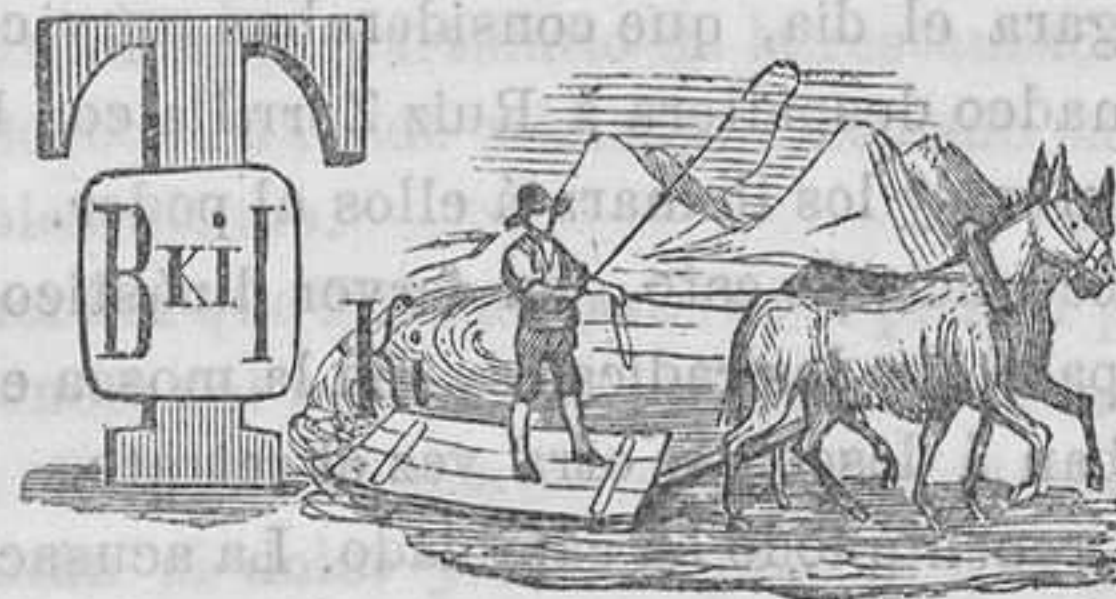
Al que se suscriba á EL CASCABEL, se le regala el primero; á quien se suscriba á los *Cuentos*, ó compre, por lo ménos, seis tomos de los publicados, se le regala el segundo.

Conque no digo más. No regala otro tanto Ruiz Zorrilla.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO ANTERIOR.

A cuentas viejas barajas nuevas.

JEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

ALMANAQUE DE «EL CASCABEL» PARA 1873

Se vende al precio de CUATRO reales en la Administracion, plaza de Matute, 2.

Este Almanaque y el de *Salon*, son los únicos de los de su clase que, ademas de muchos grabados, artículos y poesias, contienen el santoral completo para toda España.

Los artículos y poesias son de la señora Grassi, y señores Ochoa, Ossorio y Bernard, Guerrero, Picon, Porset, Frontaura, Segovia, Vargas, Zamora, Sepúlveda, Puig Perez, Ballarna, Taboada, García del Real, etc., etc.

Se regala el Almanaque á quien se suscriba á EL CASCABEL por tres meses, por seis ó por año.

ALMANAQUE DE SALON PARA EL AÑO 1873

POR T. GUERRERO Y C. FRONTAURA

Contiene el santoral completísimo; un *Calendario de las letras, las ciencias y las artes*, en que figuran las personas notables que han nacido ó alcanzado el presente siglo; graciosas caricaturas, y juguetes literarios, en prosa y verso, de los Sres. Guerrero y Frontaura.

Se vende á 4 reales en la administracion, plaza de Matute, 2, y en las librerías. Se remite á provincias librando su importe.

MADRID:—1872

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos).